

«Quiero decir, ¿cómo se vive por allá, entre lo gringo?»

Hice un gesto dubitativo con la cabeza: «Como en todas partes.»

«Pero será lindo, habrá mucha cosa pa ver. ¿Por dónde anduvo?»

Le expliqué que había viajado por diferentes países de Europa, pero que habitualmente había residido en Francia, en París.

Sus ojos tomaron un aire soñador. «¡Qué bárbaro!, como el morocho de l'Abasto, ¿debe ser piola París, no?»

Asentí, pero le aclaré que una vez que uno se acostumbró y deja de verla como un monumento o un museo, París es como cualquier ciudad grande del mundo: difícil y hostil, sobre todo cuando se tiene que correr de una punta a la otra, bajo tierra, en el metro, para ganarse la vida.

D'Arcángelo asintió gravemente. «Sí, la vida e jodida en toda parte»; luego recuperó el aire de ensañación: «Pero sea como sea, París, la bohemia, la noche de Montmartre», y se sonrió, parecía sonreírle a algo que tenía dentro suyo. Volvió a ponerse serio; dijo: «Si quiere que le sea sincero, yo, a Bueno Saire, no lo cambio por nada; pero una escapada uno mese a París, si tendría guita, le juro que me la hacía.»

De repente se acordó de algo. «¿Y a Italia, estuvo?» Asentí. «¿En el Su? ¿Ah, sí?, ¡qué grande! ¿Y le gustó? ¿Mucho? ¡No me diga! Usted sabe que el viejo era de allá, ¿no? De Italia, del Su. El pobre se murió con la ilusión de volver a ver su tierra, "el paese", ¡pobre viejo!» D'Arcángelo miró hacia afuera, hacia la calle Pinzón, donde iba avanzando la penumbra del atardecer, y disimuladamente se pasó la mano por los ojos, secándose una lágrima.

«Sí», dijo, retomando el tema que había abandonado; «como le decía, la verdad, si alguna vez habría tenido guita, me habría sacado la grande o habría heredado, qué sé yo, e un decir, porque heredar no sé a quién, porque en mi familia, gracia a Dio, como todo uno muerto de hambre; pero, en fin, las cosa que uno a vece se imagina, me habría ido un tiempo a Uropa, pa conocerla, y sobre todo a París, a ver el Sena, el barrio Latino, lo cabaré, lo lugare que inspiraron mucha inolvidable composicione del inmortal Carlito Gardel.»

Chichín lo observaba desde atrás del mostrador, y una barra de muchachones sentados a una mesa prestaba atención. Uno de ellos le dijo burlescamente: «Y bueno, Tito, todavía estás a tiempo, cuando cobré la jubilación a fin de me, cachás el paco, te comprá un pasaje y te piantá derecho pa París.» Un como de carcajadas subrayó la broma. Tito hizo un gesto despectivo: «Callesén, manga de vago, que a mí nunca me faltó pa comer, pa vestirme y pa lo vicio, y si alguna vez la cosa vinieron mal barajada y tuve que pegar un sablazo a un amigo,

al me siguiente, sin falta, le devolví la guita. Pero más de uno, que no nombro, anda viviendo del mangazo, que no sé qué va a morfar cuando lo gile se cansen de que lo claven», dijo y lo miró a Chichín, esperando que apoyara sus afirmaciones. Chichín asintió sentenciosamente, admitiendo en forma tácita que él era uno de los giles que contribuía a pagar los vicios del indirectamente aludido.

«La verdá y entre nosotros», continuó D'Arcángelo dirigiéndose nuevamente a mí, «e cierto que lo que cobro de jubilación e una miseria, pero con eso y alguna changuita de pintura que sale a vece me voy defendiendo, y el mango pa parar la olla nunca falta. A ser sincero no me puedo quejar; tengo todo lo que necesito, aunque yo no sea muy gastador y la pieza me salga tre guita, porque, claro, también vivo ahí desde que era pibe.» Se estiró las mangas deshilachadas del saco, se ajustó la corbata raída. Miró al frente con sus ojos un poco separados, al costado de la cara, buscando el hilo perdido de la conversación. «¿Qué le iba diciendo? Ah, sí, lo del viaje a París. Me hubiera gustado, pero qué le vamo a hacer; la vida se dio de esta manera y no me quejo. Basta la salú.»

Intervine: «De cualquier manera, como me dijo antes, no hubiera ido para quedarse.»

Levantó la mano deteniéndome con el gesto.

«Faltaba má, eso ni pensarlo. Acá pasarán mucha cosa mala, pero este e mi paí y me la aguanto piola. Además, Bueno Saire..., me quiere decir dónde encuentra otra ciudad como ésta. Digan lo que digan no hay nada que se pueda comparar. Qué otra ciudad tiene lo museo, lo teatro, lo comercio, la cultura que tiene Bueno Saire. ¿Y la pebeta?, ¿eh?, ¿qué me dice?, dónde encuentra pebeta papa como la porteña. ¿Eh, Chichín?, ¿qué decí vo?»

Chichín elevó la mano, en un gesto que quería decir que era inútil buscar, porque si en alguna parte, tal vez, podía encontrarse una cantidad equivalente de mujeres, nunca, nunca, podría equipararse la calidad.

D'Arcángelo sonrió satisfecho. «Parí claro, París tal ve sea má bacana, no me aparto, pero le falta el tango, y eso no se compensa con nada. La prueba la tiene que cuando París conoció nuestra música ciudadana la adoptó y la introdujo en lo salone.»

Uno de los muchachones le gritó: «Dale, Tito, vo también, no esageré, cómo va a comparar Bueno Saire con París», sólo para contrariarlo, porque si alguien hubiera hecho ante él su misma afirmación, seguramente lo habría aniquilado con argumentos terminantes y despectivos. Tito me miró solicitando mi opinión. Aprobé sus palabras. «¿Está de acuerdo?», preguntó con temor pero al mismo tiempo con

esperanza, tal vez un poco sorprendido de que alguien que conocía lugares lejanos mantuviera su fidelidad a Buenos Aires y, a la vez, feliz de que de este modo pudiera comprobarse su teoría.

«Por supuesto», confirmé para no desilusionarlo.

«Ve», dijo mirando de soslayo hacia la mesa de los muchachos, «y lo dice alguien que conoce mundo» para que lo oyeran, pero sin dirigirse directamente a ellos, indicando de ese modo que la objeción no merecía que se tomara el trabajo de rebatirla. Luego, como si quisiera retribuirme lo que había hecho por él, agregó:

«Pero usted venía a verme pa que le hablara de algo concreto, de la historia aquella del pibe, de Martín, y yo lo estoy entreteniendo con pavada.»

Le contesté que no se preocupara, que no había apuro, que momentáneamente no tenía ocupaciones y disponía de todo el tiempo que fuera necesario. Omití decirle que el motivo con que me había acercado a él no era más que una excusa y que lo que pretendía era justamente eso, que hablara libremente.

Se disculpó: «Usted sabrá perdonarme, pero me tengo que ir. E el cumpleaños de una ahijadita, sabe, una pibita de ocho año que lo padre viven al inquilinato, y le llevo un regalo.» Señaló una caja apoyada sobre el antepecho de la ventana que estaba envuelta con papel de fantasía y atada con una cinta de color. «E una muñeca», agregó, y una sonrisa se le dibujó en la cara, «de esa moderna que caminan y dicen mamá y piden pis. Se va a poner contenta la piba. Pero si le parece, mañana que e sábado, almorzamo junto y charlamo largo y tendido».

Durante el almuerzo Tito estuvo muy locuaz. Me contó que a Teresita, la ahijada, le había gustado mucho la muñeca. «La muñeca e casi tan alta como ella», se reía, contento de la magnificencia del regalo.

Habíamos ido a una fonda cercana al café de Chichín y a la salida caminamos hacia Pedro de Mendoza. D'Arcángelo comenzó a hablar de Martín sin necesidad de que se lo recordara (cosa que, por otra parte, no pensaba hacer por los motivos que ya he explicado), cumpliendo su promesa del día anterior.

Llegamos hasta la ribera del Riachuelo. El agua, calma y oleosa, lanzaba reflejos tornasolados bajo el sol furioso de las dos de la tarde. Hacía mucho calor y estaba húmedo junto al río. En los muelles, al lado de los barcos, se apilaban cajones que tendrían que esperar al lunes para ser retirados. En algunas cubiertas la ropa de los tripulantes se secaba al sol. Las grúas inmóviles, los bultos que habían quedado a medio camino en la operación de carga y descarga, por con-

traste con la actividad habitual, conferían a la escena una sensación más acusada de quietud. El silencio era denso como las aguas del río y el chillido de una roldana en la orilla opuesta, el tableteo de los tirantes del puente bajo el peso de un colectivo, adquirirían un volumen insólito que ocupaba todo el espacio. Me sorprendí comparando el paisaje con el del Sena y comprobando que, insospechadamente, este cuadro de suburbio feo y sucio, me producía, sin embargo, la misma melancolía —sentimiento, a la vez, levemente doloroso y tenuemente placentero— que la vista del otro río a su paso por París.

D'Arcángejo había estado contemplando el agua en silencio, con las manos en los bolsillos. De repente dijo: «Qué lindo son lo barco, eh.» Se quedó callado, volvió a mirar el panorama que le era tan conocido; sin embargo, parecía emocionado. «Como le pasa a cada porteño solitario y soñador —es decir, a todos, cuando, sin quererlo, aflojan los alertas de la representación de su papel de hombres eficientes y se dejan asaltar por el contemplativo que llevan adentro— cada vez que se decide a dar la cara al río y volviendo la espalda al país interior y terrestre —el cargo de cuya construcción, de la conclusión de la misma, le transmitieron los próceres a través de los libros de lectura del colegio—, siente el llamado nostálgico del mar y de la distancia, rasgo de la herencia de sus antepasados que recibe inscripto en la sangre», pensó.

«A vece quisiera haber sido marinero en lugar de pintor», continuó Tito después de unos momentos de silencio. «Haber recorrido lo mare, conocido el mundo, desembarcado en puerto extraño. Claro que entonces el viejo se hubiera muerto solo..., como el único hijo que le quedaba cerca era yo» e inclinó la cabeza, levantó los hombros sin sacar las manos de los bolsillos, en un gesto mezcla de resignación y de ternura. Resignación que podía sorprender, a primera vista, pues parecía contradictoria con su sentido crítico y su escepticismo. No obstante, era justamente esa parte de sentido común que se manifestaba en su capacidad para resignarse, al permitirle aceptar, aunque a regañadientes, la realidad, y al debilitarle la energía de los impulsos para romper de una vez, y definitivamente con ella, la que le hacía posible y, a la vez, necesario convivir con esa realidad que de otra manera no podría haber enjuiciado y rechazado.

Le propuse que entráramos a tomar un café al bar de la esquina, para protegernos del sol. Me dijo: «No, si se anima vamo a tomar uno mate a mí pieza. Vamo a estar má cómodo. E pobre, pero ahora ya me di cuenta que usté no se fija en esa cosa.»

Entramos por la puerta cochera, que, sin duda, no se cerraba desde hacía años, ya que estaba desvencijada y tenía la madera podrida.